



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

AUTORES DRAMÁTICOS
JOAQUÍN DICENTA



Un drama le dió gran fama
y tendrá lauros mayores.....
porque quien hizo aquel drama
hará muchos, y mejores.

EXPLOSION

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Explosión, por José Estremera.—Pica.... pica.... picadora, por Calixto Navarro.—Evoluciones, por Luis de Ansorena.—Señoras desgraciadas, por Manuel Matoses.—Entre señoras, por José Jackson Veyan.—Entre abuelo y nieto, por Sinesio Delgado.—En el Saloncillo, por Rafael Ramírez Rinsler.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.
GRABADOS: Joaquín Dicenta.—Viajes extraordinarios.—¡Socorro!, por Cilla.



Los admiradores de Bretón van á obsequiarle con un banquete, con motivo del estreno de su ópera *Los Amantes de Teruel*.

¡Aun hay patria, Veremundo!

Quiero decir que aun hay españoles entusiastas aquí, donde

...para vender un queso
hay que decir que es francés,

como asegura Leopoldo Cano.

Según noticias, el éxito de Bretón ha enojado á mucha gente de esa que compone *romanzas* para cantar en las tertulias cursis, y escribe melodías en los *albums* de las viudas de brigadieres.

Hay maestro de la clase de falderos que anda por ahí furioso porque se ha cantado en el Real la ópera de Bretón, y en cambio, á él no hay quien quiera editarle una *guaracha* compuesta expresamente para celebrar el feliz alumbramiento de la esposa de un concejal amigo suyo.

A Bretón le sucede ahora lo que á todo el que ha conseguido elevarse sobre el nivel común. Los de abajo tratan de tirarle de los pantalones, para ver si le llegan á la cabeza.

Cierta madre optimista y vehemente, que cree haber dado á luz un nuevo Beethoven en la persona de un hijo color de aceituna, y que lleva catorce años en el Conservatorio, me decía la otra noche:

—No es por alabarme, pero el día que mi hijo se meta á hacer una ópera, no va á haber quien....

—¿Es músico?

—Sí, señor; desde muy pequeñito, y todo lo que se baila en casa de las de Cabritilla lo compone él por las mañanas mientras se afeita. Ahora había empezado á escribir una misa de *Requiem*, por si se nos muere un tío que tenemos en Filipinas; pero le salió un panadizo, y lo ha dejado todo en suspenso. Si se muere en el ínterin, nos fastidia.

¿Cómo se va á evitar que las familias admiren á sus miembros queridos?

El triunfo de Bretón tiene, necesariamente, que desagradar á todo padre con hijos filarmónicos, y en particular á los que tienen óperas en cartera, como le pasa á un eclesiástico de mi pueblo, que lleva la partitura en un morral, debajo de la sotana, y en cuanto pesca un piano, ya está dándole la lata al verbo divino.

La ópera es mitad profana y mitad religiosa, porque se trata de los resentimientos que tenía la familia de Levicón, un pastor de aquella época, casado y con hijos; y hay una lucha entre los trombones y los violines segundos, que ha de llamar la atención el día que se conozca en el Real, como dice el cura.

Pero no se conocerá, Dios mediante, y el músico tendrá que seguir formando en las filas de los enemigos de Bretón, como tantos otros que andan por ahí, tristes y desmejorados, sin gusto para componerse ni para mudarse el cuello postizo.

—¿No toma usted café?—se les pregunta.

—Estas cosas le quitan á uno el deseo de todo.

—¿Qué cosas?

—¡Hombre! Lo de Bretón. ¿Se figura usted que va á

serme grato lo sucedido? Llevo veintitrés años tocando la viola y doce dando lección de solfeo al Ministro de Ultramar, y no he conseguido que á mi cuñada le oigan una sinfonía pastoral que compuso el año pasado, cuando estuvo en Aravaca nutriéndose.

Bretón será de los que oigan el rum-rum de la crítica sin preocuparse seriamente, y le aplaudimos la calma.

Después de enviarle un abrazo por su triunfo.

**

Se trata de celebrar aquí un concurso de belleza, á imitación de los de Spa y Turín, y ya andan haciendo gestiones algunos caballeros para lograr que el Estado subvencione el certamen con una fuerte suma.

¡Gracias á Dios que van á salir de la oscuridad las dos bellas señoritas de Cateto!

Hasta la fecha presente viven ignoradas, á pesar de la corrección de sus facciones y de los lunares peludos que poseen junto á la boca.

Son dos ángeles de belleza, pero aun no ha habido un sólo hombre que les diga:

—¡Por ahí os pudráis, preciosas!

Vistas en la calle, parecen dos maniqués de peluquería.

Blancas, con los ojos grandes y negros, los labios como cerezas y los dientes menuditos, diríase que habían sido hechas expresamente para figurar en uno de esos concursos, que ahora están de moda.

Pero tanta belleza empalaga, y los hombres las miran con la mayor imperturbabilidad, diciendo para sí:

—Bueno; son muy guapas, y muy correctas; pero maldito lo que nos importan.

¿No es verdad, lector amado, que te ha sucedido esto más de una vez? Habrás conocido mujeres preciosas, verdaderos dechados de perfecciones, y..... ¡nada! Como si hubieras visto al aguador.

Pero, en cambio, te habrás enamorado de una chata, con los ojillos abiertos á punzón y la boca fruncida.....

Sí, sí; creo conocer el corazón humano de los lectores del MADRID CÓMICO.

Yo también, en mis años juveniles, amé á una chica que era el vivo retrato de una cotorra perteneciente á mi señora madre.

Y sin embargo, las de Cateto me resultan dos mujeres horribles, sin dejar de reconocer que tienen un cutis muy fino.

Para éstas se han inventado los concursos de belleza; para éstas y para los papás correspondientes, que se extasían contemplando los méritos de sus pimpollos, y dicen en el colmo del entusiasmo:

—¡Bendita sea la Providencia, que ha derramado sus dones sobre las niñas! ¡Qué color, qué carnes y qué caída de ojos!...

Por supuesto, los concursos de belleza no sirven para nada absolutamente.

**

La semana se despide bien.

Baile de Escritores y Artistas en el Real y beneficio de la Pepa Guerra en la Comedia.

Al primero asistirán muchos de nuestros compañeros, con los *fraques* que por clasificación les correspondan; al segundo concurrirán los innumerables admiradores de la famosa actriz, con los regalos que prescriben las ordenanzas teatrales, á saber: la tan acreditada caja de *peluche* para perfumes, el reputado abanico, la preciosa licorera, el no menos elegante velador maqueado, etc.

Nosotros, por no ser menos, pensamos obsequiar á la eminente actriz con una elegante *visita*.... de confianza.

LUIS TABOADA.

EXPLOSIÓN

—Tengo que hablarte, Ginés. Tú eres mi mejor amigo, y quiero tratar contigo

un asunto de interés.
—Desembucha, y ¡qué demonio! sepamos lo que te altera.

—Pues dime, ¿de qué manera juzgas tú mi matrimonio?

—No entiendo por qué lo dices; yo pienso que tú y Leonor os casasteis por amor, y seguís siendo felices.

Ella es honrada y es bella, y además, siempre la vi sacrificarse por tí, lo mismo que tú por ella.

Sin disgustos ni cuidados, cada uno á todo se aviene, y así todo el mundo os tiene por modelo de casados.

—Bueno; pues has de saber que, siendo tal mi fortuna que no tengo queja alguna de mi bendita mujer,

me es imposible vivir con ella, sin estallar; yo no la puedo aguantar, yo no la puedo sufrir.

Y pienso con mucha pena, aunque yo siempre fui recto, que el horroroso defecto que la encuentro es ser tan buena.

Tú no lo comprenderás, pero esto es lo que me pasa, y ahora he salido de casa para no volver jamás.

—¡Pero hombre!...

—Nada, no quiero volverla á ver.

—Pero ten cachaza.

—Ahora tomo el tren

y me voy al extranjero.

—No te haré más objeción, sino que aun no he comprendido qué quieres y á qué has venido.

—A darte una comisión.

—¿Y es?

—Que vayas á mi casa y digas á mi mujer, como Dios te de á entender, que me voy, y que me pasa.

—¡Caramba! ¡Pues está buena la comisión!

—Sí, y te elijo á tí, porque sé de fijo que se va á morir de pena.

Después de una discusión sobre si es justo ó no es, al cabo tuvo Ginés que aceptar la comisión.

Llegó:—¿Está la señorita? —Hace poco se ha marchado; pero en su cuarto ha dejado, al irse, esta carta escrita:

«Marido, el cielo ha querido que, siendo tal mi fortuna que no tengo queja alguna del bueno de mi marido,

me es imposible vivir contigo, sin estallar; que no te puedo aguantar, que no te puedo sufrir.

Tú no lo comprenderás, pero esto es lo que me pasa, y ahora me marcho de casa para no volver jamás.»

JOSÉ ESTREMEIRA.

PICA... PICA... PICADORA

¡Oh, tú, la que pretendiste entrar de telefonista ó regentar un estanco y echarla de señorita, con recuerdos de doncella y pretensiones de artista! No sabes tú los *achares* que anoche me dió un amiga, diciéndome que te has hecho mujer de caballería, con vistas á tabloncillo y en honor de la familia. ¡Tú presentando el morrillo á un émulo del Badila, propietaria de dos monas y sucursal de caídas; tú, la diosa de mis sueños tomando la alternativa!... ¡Yo, que te pinté mis ansias en sonetos y quintillas, y me gastaba los cuartos comprándote golosinas; yo, que en la vida te puse las manos en la mejilla, y eso que, en cien casos, *más de muy bien* lo merecías, pensar que hoy ya puede un alias de coleta y chaquetilla quitarte el polvo del cutis sin tropezar la camisa!... ¡Y aquellas medias tostadas que tan á gusto comías, echando ron al azúcar y acercando una cerilla, verlas metamorfoseadas en vulgar merluza frita nadando en agrio vinagre regado con manzanilla, y á vuelta de interjecciones,

sal de la flamenquería! ¿Qué dirán la Micaela, y la Amalia y la Francisca, y la portera del quince y la propia *Chuchurrías*? Desde que tú me contaste que tu hermana... ¡pobrecita! despachaba sus asuntos en la calle de Sevilla, ya sospeché que un *tendío* ¡ay! mi sucesor sería. Vende, si puedes, el manto, *deshazte* de la toquilla, y compra un pañuelo á rayas y un mantón como se estilan, y deja el calzado negro y ponte el de caña lila, y echa hacia atrás el flequillo y adelante las patillas, y merca unas arracadas y *enváinate* en cien sortijas, puesto que, según murmuran, la garrocha es la que priva; mas no le digas á nadie que me has hablado en tu vida, ni que hemos comido juntos, ni que hemos ido en tranvía, ni las demás pequeñeces de que hoy me sonrojaría. Torera, la más torera de toda España y sus islas, adiós, y que se te borre lo que hemos sido algún día, y de las noches aquellas ya no te acuerdes ni pizca. Y si me ves por la calle, hazte la corta de vista, porque yo ya no me peino para mozas de tu estima.

CALIXTO NAVARRO.

EVOLUCIONES

Á impulsos de un torpe afán faltó á su esposo Leonor, y del adúltero amor vino al mundo un hombre: Juan. Y, en cambio, Lola y Antonio, aspirando á lo divino,

I escogieron el camino más santo: el del matrimonio. Y de esta ejemplar unión nació al poco tiempo Rosa, una niña tan hermosa que causaba admiración.

II

El pobre Juan fué tan bueno que algo de santo tenía.... ¡Preciada flor que salía de una convulsión del cieno!... Y aunque nadie se ocupó de dirigir con prudencia y acierto aquella existencia que sin su culpa adquirió, vió su desdicha con calma, y sobre el borrón oscuro de aquel origen impuro echó el resplandor del alma.

III

El cuidado paternal no le faltó nunca á Rosa, que, empezando en orgullosa, llegó al cabo á criminal, pues por necia diversión, viéndose por Juan querida, ella le arrancó la vida en pago de su pasión.... Y el mundo vil, que se aviene con lo que daño reporta, dijo: ¡Bah!... ¿Y eso qué importa? ¡Como gracia sí que tiene!

IV

Cuando murieron los dos, causando él risa, ella llanto, llevóles no sé qué santo á la presencia de Dios. Como en todas ocasiones, midió una balanza fiel lo sublime, lo cruel, las virtudes, las pasiones, el bien, lo impuro, lo sano, lo más grande, lo más ruin de uno y otro.... todo, en fin, lo que forma un ser humano. Y la bondad de Juan viendo y de ella el ansia impudente, arrugó el Señor la frente y murmuró:—¡No lo entiendo!... Yo eché gérmenes al mundo, y en el mundo se transforman: los malos, lo bueno forman; los buenos, forman lo inmundo; y al abismo he de arrojar lo que lo santo engendró, y lo que el vicio formó en el cielo ha de quedar!

LUIS DE ANSORENA.

SEÑORAS DESGRACIADAS

Hay señoras agraciadas y señoras desgraciadas.

Generalmente suelen andar unidas ambas circunstancias, y recuerden ustedes que ya lo dijo el poeta:

«¡Ayl ¡infeliz de la que nace hermosa!»

Por lo tanto, para que una mujer pueda vivir en la santa calma de que otro poeta habló, no tiene más salida que la de ser tiñosa, patituerta, ó regentear una carbonería.

Esto último lo deduzco de que, puesto que todas las mujeres que tiran á agradar á los hombres se embadurnan con polvos de arroz, la antítesis de la belleza, y por lo tanto de la felicidad, debe de ser una mujer sombreada por el polvo del cisco de tahona. Si á más de esto es chata y tiene la boca grande y le falta algún diente que no ha sido reemplazado, puede decirse de una mujer así que está en la gloria.

Tan aceptada corre esta teoría de la fraternidad en que viven la belleza y la desgracia, que he observado que algunas mujeres, no algunas, sino muchas, cuando ya no tienen colorete que darse ni postizos con que corregirse á sí mismas, se fingen desgraciadas, para que se les conceda el título de hermosas que la desgracia trae aparejada.

Luego, que los hombres somos sensibles y caballeros y enamorados.

Como no hay nada que atraiga tanto para un corazón generoso como la desgracia, una mujer desventurada tiene una gran ventaja para conquistarse las simpatías de un hombre; si á más de eso es hermosa, el sagrado fuego de la simpatía arde pareciendo inextinguible, y si la interesada es además débil, es decir, de éstas que no saben resistirse.... ¡ayúdeme usted á sentir!

Y como el hombre es generalmente el que hace á la mujer desgraciada, y el que por verla así se acerca á ella, resulta que las señoras desgraciadas son como las pelotas: unos á otros nos las echamos y las recibimos y las devolvemos.... diversión que sería muy cargante si el número de personas desgraciadas fuera limitado; pero es divertido, porque el número es infinito, y el hombre que se lo proponga puede pasarse la vida tomando y dejando mujeres desgraciadas, y dentro del género, variando cuanto quiera. Porque también en el género de desgracia hay variación.

Figuran en el grupo más numeroso las mujeres que no han sido comprendidas.

Han recibido una educación esmerada en los folletines de *La Correspondencia* y en las novelas cuyo género sembró Eugenio Sué, obteniendo una cosecha algo más que regular.

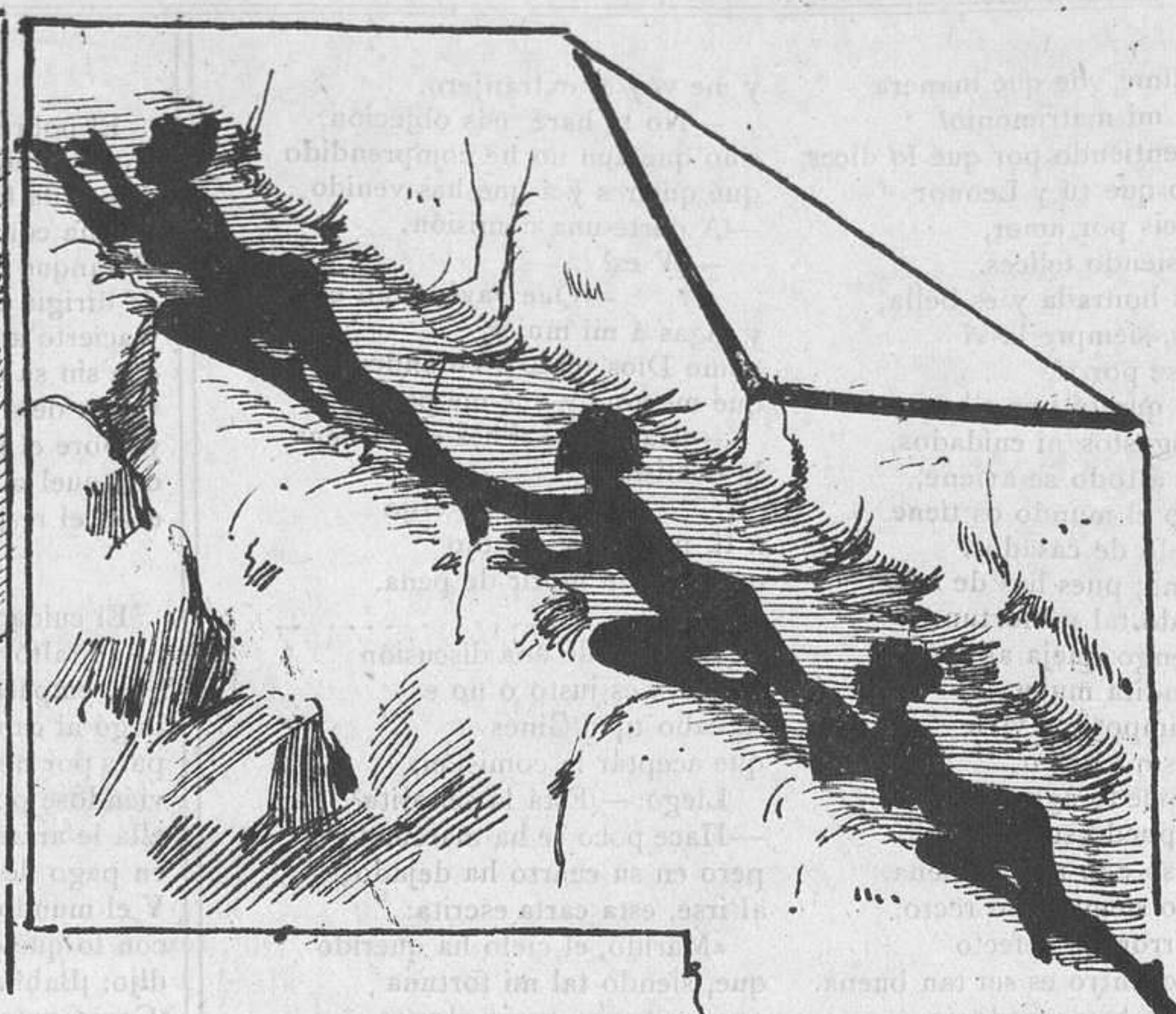
Han querido asimilarse los sentimientos de las protagonistas de casi todas esas novelas, y han emprendido su caminata por el mundo con un corazón muy grande, tamaño como una sandía valenciana, ofreciendo á los hombres un amor puro y vehemente, y sin encontrar quien quiera tomar para su uso particular la sandía.

El grosero materialismo, la vil realidad les ha salido al paso.

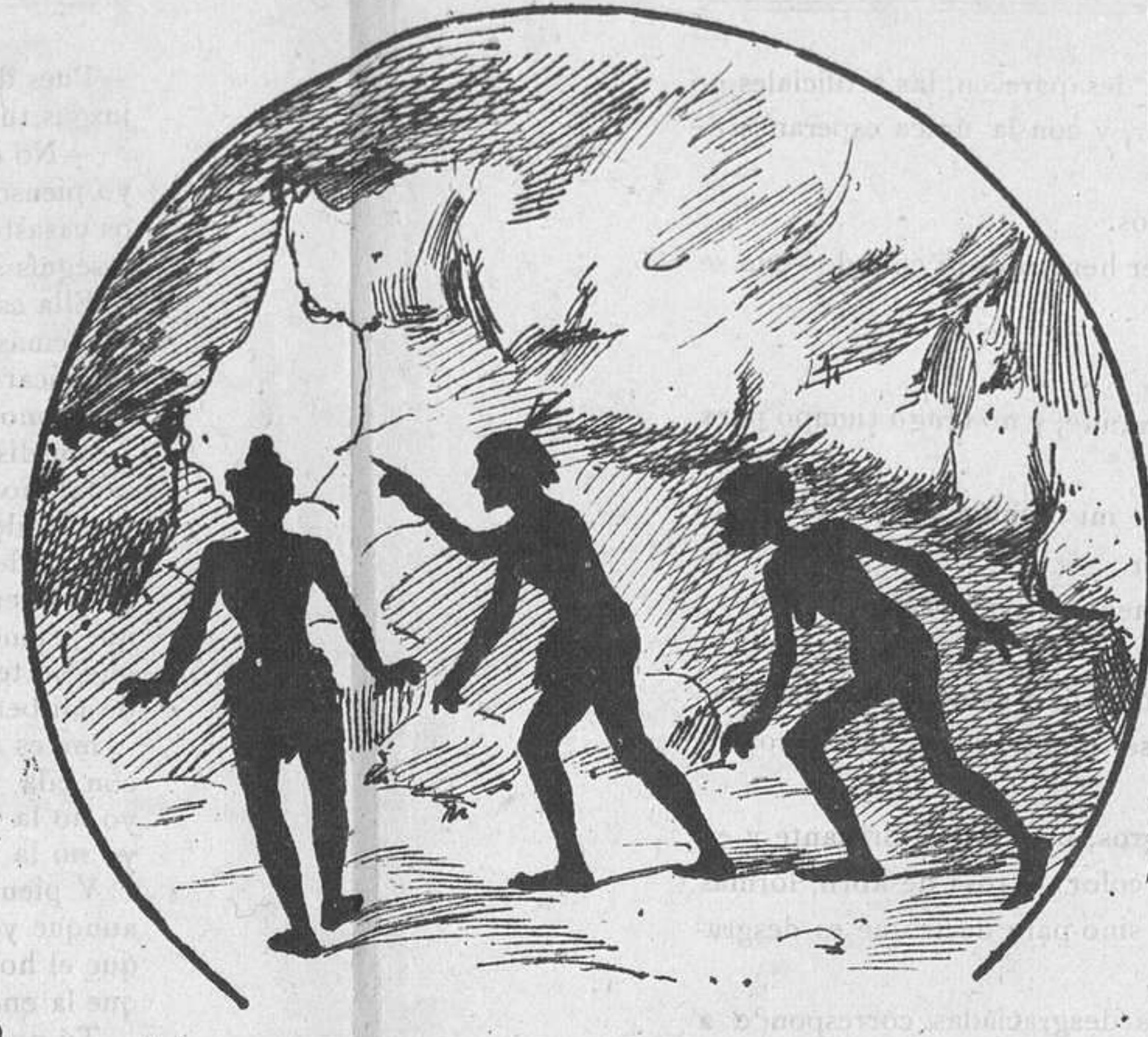
Han comenzado por enamorarse de un estudiante de leyes, después han pasado á un estudiante de farmacia, luego han entrado en relaciones con uno de esos chicos que vienen de provincias á buscar aquí un porvenir haciendo endecasílabos, después han ido á parar á un oficial de peluquería, y de tumbo en tumbo y descendiendo cada vez, han roto sus relaciones



Lo primero que se nos ocurrió fué lanzarnos por la galería,



que se estrechaba tanto, tanto, que hubo que pasarla de esta manera.



A las cuatro horas de arrastramiento vimos luz por un boquete. La cueva tenía otra salida.



Asomé la cabeza, y me sorprendí agradablemente viendo un árabe que dormía á pierna suelta.



Pasamos despacito por su vera, como decía Casilda, y hubimos de topar con otro árabe despierto.



Al que se unieron otros cuantos inmediatamente.



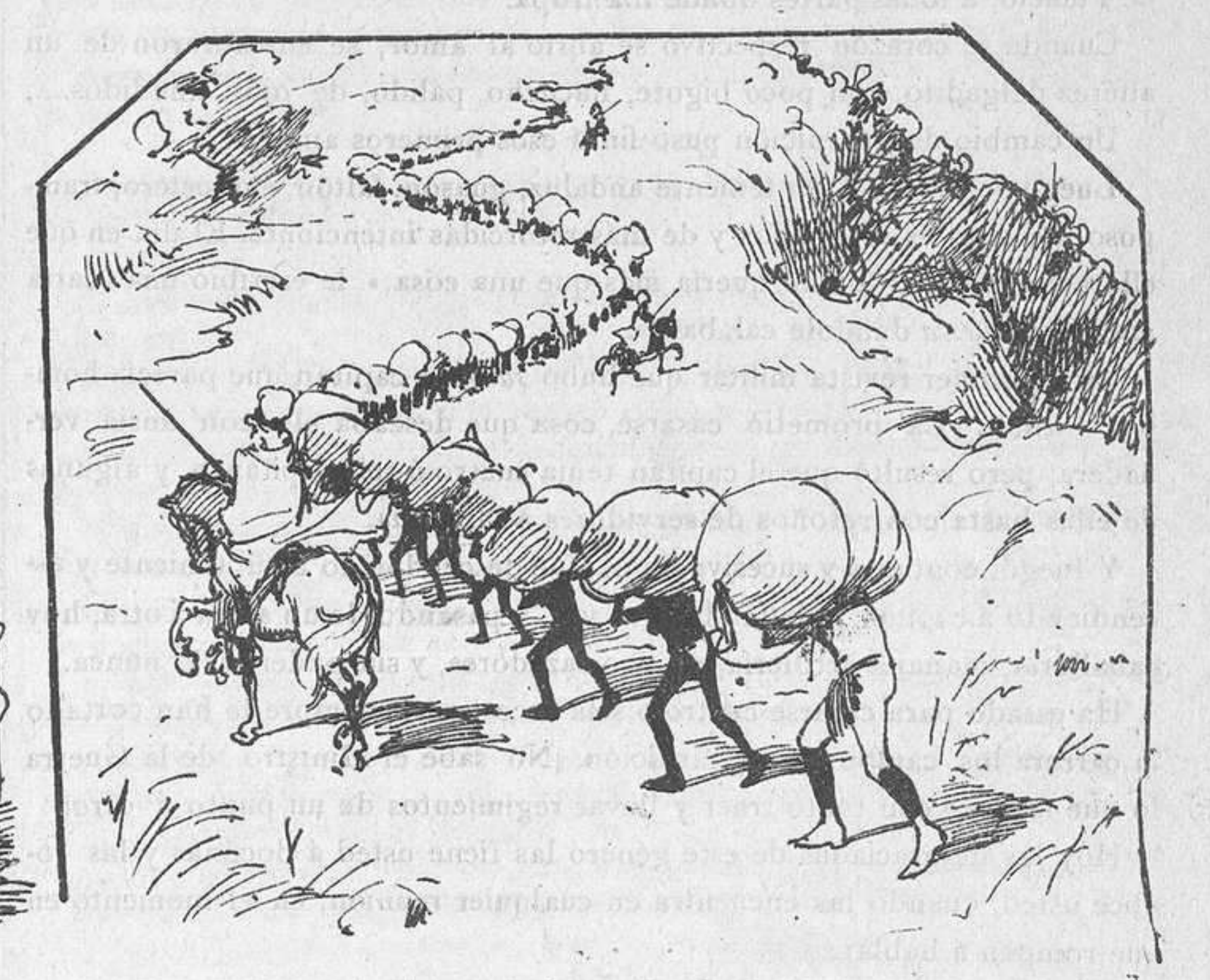
Después de una breve conferencia nos condujeron, con poca amabilidad, hacia un numeroso grupo de negros



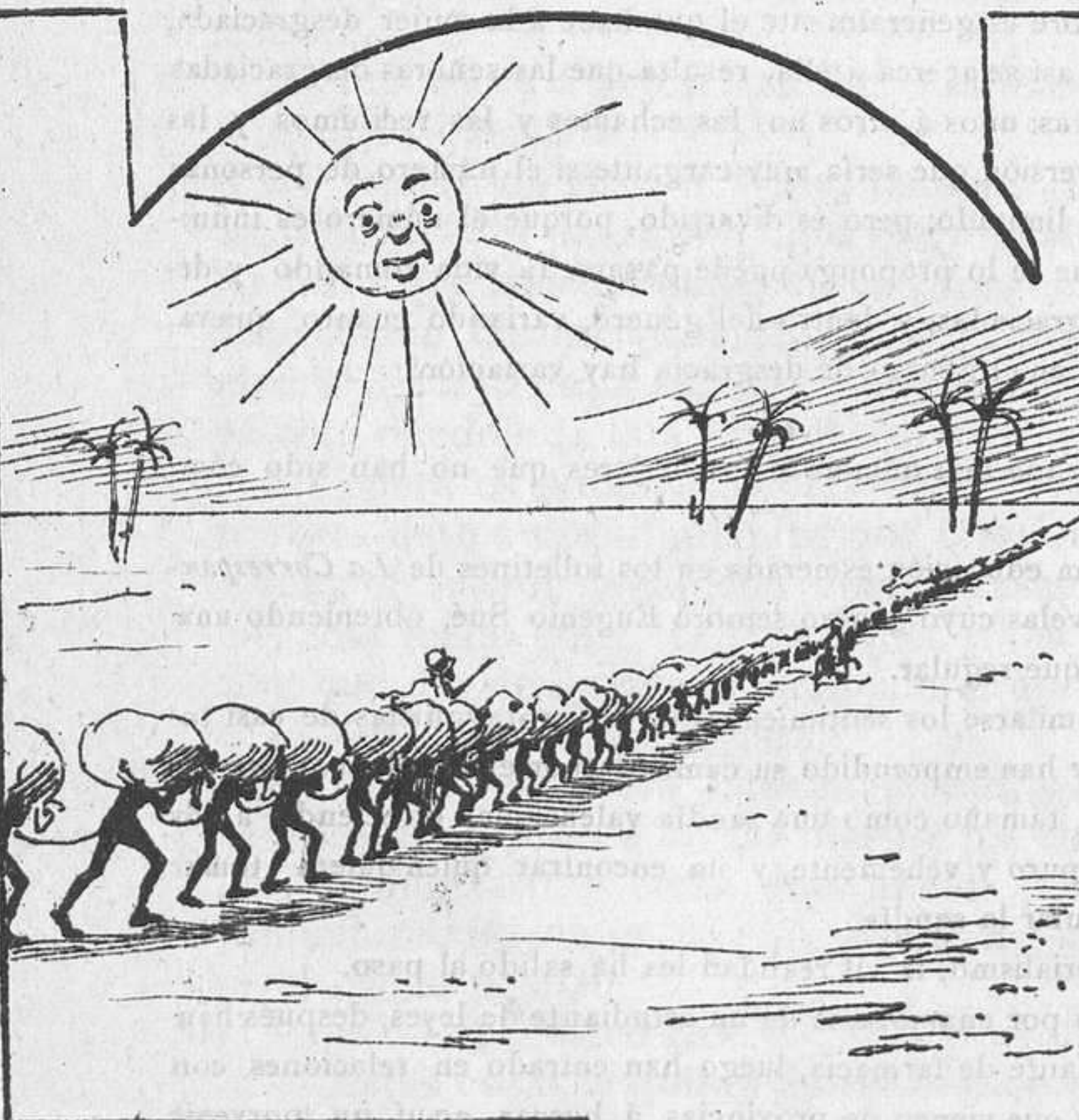
que dormían en montón, amarrados unos á otros. Hablamos caído en poder de los tratantes de esclavos,



como pudimos comprender cuando llegó la hora de la marcha.



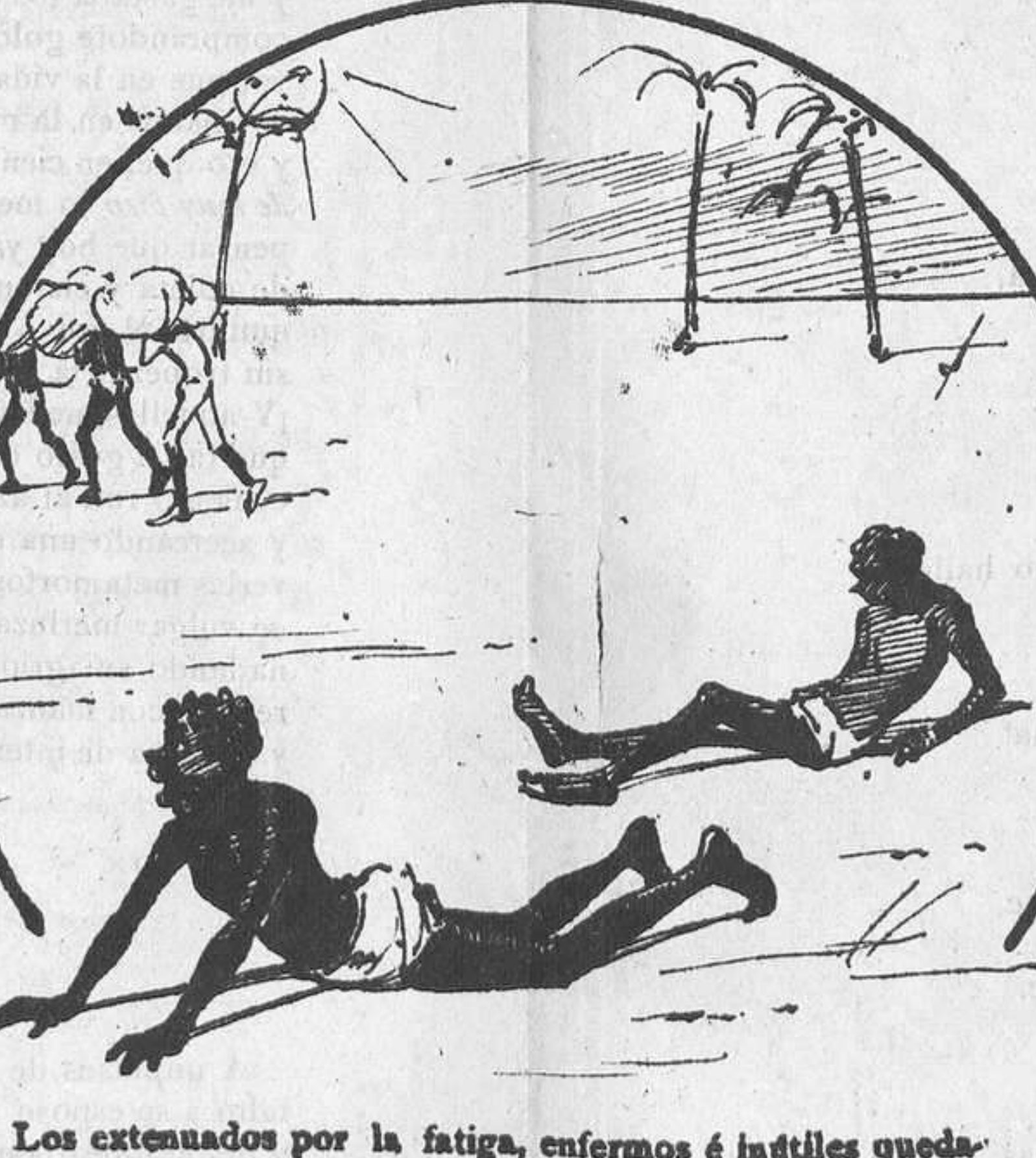
La cuerda de esclavos, cargados de mercancías y vituallas, atravesó el bosque, trepó á la montaña



y entré en el desierto.



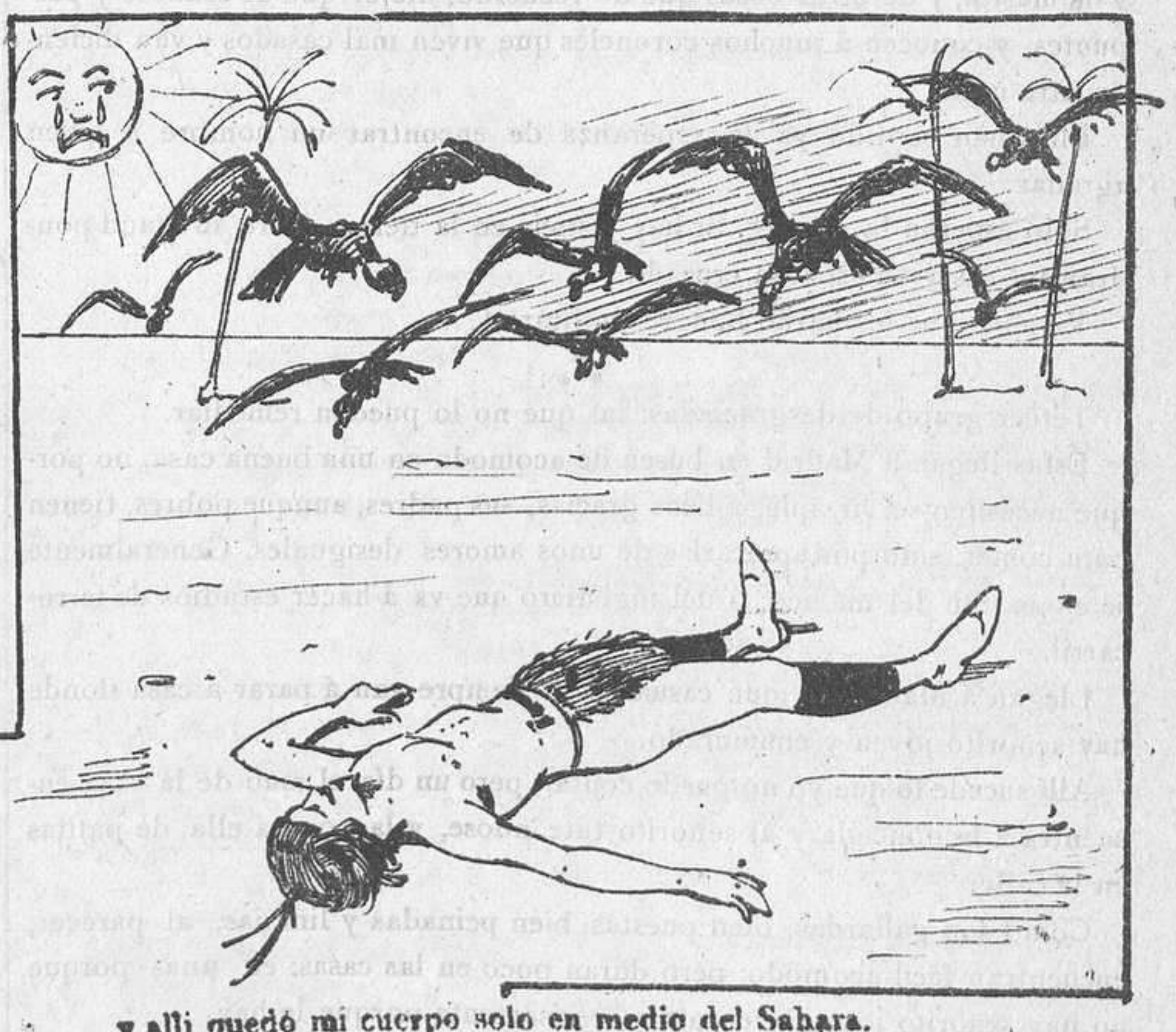
Todo amenizado con las diversiones adjuntas.



Los extenuados por la fatiga, enfermos é inútiles quedaban abandonados en la arena, para servir de pasto á los buitres.



Y esa es la suerte que me esperaba, porque, rendido por la fatiga, caí sin sentido.



y allí quedó mi cuerpo solo en medio del Sahara.

con el último trovador, que era escribiente de un juzgado, y que siempre andaba de mal humor porque el vil metal le faltaba á todas horas.

La infeliz alma, no comprendida, ha concluído por quedarse sola en el mundo, renunciando ya de por vida á ser comprendida y á ser amada.

Y por ahí anda, cosiendo para las casas de día, cosiendo para sí por las noches, y leyendo á ratos perdidos las cartas que guarda clasificadas, y que le recuerdan la época en que tenía ilusiones.

Á veces va por la calle con el paso menudito de la mujer que no espera nada y no quiere nada con el mundo.

Uno (¡nunca falta uno!) se acerca y le dice dos ó tres frases que parecen apasionadas.

Ella le deja llegar hasta el portal de la casa, y allí se vuelve y le dice:

—¡No se moleste usted, cabayero! Ni puedo ya ser feliz ni hacer feliz á ningún hombre. Conozco el mundo, ¡bueno anda el mundo! Conozco el corazón humano, porque he leído *María ó la hija de un jornalero*. Los hombres son unos egoístas. He amado y no he sido comprendida. Mi pecho es un cementerio, mi corazón se ha secado. Déjeme usted en paz y compadézcame.

Y dejando al Tenorio con la boca abierta, sube precipitadamente los ciento veinte escalones que separan su habitación del nivel de la tierra.

Hay desgraciadas de la clase de tropa.

Éstas no comprenden á Apolo sin guerrera, sable, espuelas y ros.

Desde pequeñas se pirrabán por asistir á las formaciones, á la parada de Palacio, á todas partes donde iba tropa.

Cuando su corazón respectivo se abrió al amor, se enamoraron de un alférez delgadito, con poco bigote, flacucho, pálido, de ojos hundidos....

Un cambio de guarnición puso fin á esos primeros amores.

Luego se presentó un teniente andaluz, guasón, faltón, embustero, tramposo, de bigotes retorcidos y de más retorcidas intenciones. El día en que ella averiguó que él «no quería más que una cosa,» le escribió una carta *muy bien puesta* dándole calabazas.

En la primer revista militar que hubo *sacó* un capitán que parecía hombre formal. La prometió casarse, cosa que deseaba ella con ansia verdadera; pero resultó que el capitán tenía cuatro ó seis capitanas, y algunas de ellas hasta con retoños de servidores á la patria.

Y luego, continua y sucesivamente, fué descendiendo á subteniente y ascendiendo á capitán, y bajando otra vez, y pasando de un arma á otra, hoy caballería, mañana artillería, al otro cazadores, y sin poder cazar nunca.

Ha estado para casarse cuatro ó seis veces, pero siempre le han cortado la carrera los cambios de guarnición. ¡No sabe el Ministro de la Guerra lo que se hace con tanto traer y llevar regimientos de un punto á otro!

Hoy las desgraciadas de este género las tiene usted á docenas y las conoce usted, cuando las encuentra en cualquier reunión, en el momento en que rompen á hablar.

Parecen sargentos ercanecidos en el servicio. No saben hablar sino de asuntos militares.

¡Y lo que saben! Llevan al dedillo dónde esta ahora de guarnición el regimiento de Otumba, y dónde Arapiles, y dónde Albuera; hablan de plus y de masita, y de otras cosas que no recuerdo, mejor que de frunces y pespuntos, y conocen á muchos coroneles que viven mal casados y van diciendo otra cosa.

Ellas han perdido ya la esperanza de encontrar un hombre á quien agradar.

Sólo esperan la muerte. Si hay justicia en la tierra, sobre su ataúd pondrán un ros y un espada cruzado.

Vamos, ¡que les harán honores militares!

Tercer grupo de desgraciadas: las que no lo pueden remediar.

Éstas llegan á Madrid en busca de acomodo en una buena casa, no porque necesiten servir, que, á Dios gracias, sus padres, aunque pobres, tienen para comer, sino por apartarlas de unos amores desiguales. Generalmente se enamoran del médico, ó del ingeniero que va á hacer estudios de ferrocarril.

Llegan á Madrid, y ¡qué casualidad! siempre van á parar á casa donde hay señorito jóven y enamorado.

Allí sucede lo que yo no puedo contar; pero un día el amo de la casa encuentra á la doncella y al señorito tuteándose, y la pone á ella de patitas en la calle.

Como son gallardas, bien puestas, bien peinadas y limpias, al parecer, encuentran fácil acomodo; pero duran poco en las casas: en unas porque no hay señorito joven, y en otras precisamente porque le hay.

Todas éstas han oído hablar de señoritos que se han enamorado de la doncella y la han elevado á esposa. Se dan casos, y puesto que se dan casos, no es cosa imposible.

Pero el tiempo pasa, las gracias naturales desaparecen, las artificiales no bastan, y acaban sirviendo á un señor mayor, y con la única esperanza de que se acuerde de ellas en el testamento.

Algunas de éstas tienen uno ó dos sobrinos.

Pero con la rara coincidencia de no tener hermanos ni cuñados que se los den.

La lista de señoras desgraciadas es muy grande, y no tengo tiempo para examinarlas á todas ellas.

Haré dos ó tres observaciones en apoyo de mi opinión acerca de que la belleza y la desgracia van unidas en la mujer.

De cada cien mujeres desgraciadas, las ochenta proceden de Andalucía, cuna de la Venus española.

Como yo me he dedicado con cierta asiduidad á estudiar este particular, he observado que en Andalucía viene á ser moda eso de la hermosura y la desgracia en una pieza.

Ve usted una mujer de hermosos ojos negros, pelo negro brillante y en abundancia, dientes blancos y chiquitines, color de rosa de abril, formas correctas.... Pues esa mujer no abre la boca sino para decir que es desgraciada.

El veinte por ciento restante de mujeres desgraciadas corresponde á Valencia, Murcia.... en fin, á todas las de procedencia árabe.

Entre asturianas y vascongadas, apenas hay una con el corazón partido por los desengaños.

Las manchegas todas son felices.

Si con estos datos no saben ustedes conducirse en el mundo y buscar lo que les convenga, no será ya culpa mía.

Me resta, por último, recomendarles el género.

Hay mujeres desgraciadas muy apetecibles.

Nota. Se dan informes.

MANUEL MATOSES.

ENTRE SEÑORAS

—¿Aonde vas?...
—Á darle el pan al lucero de mi vida.
Á llevarle la comida al Abanico á mi Juan.
—¿Está preso?...
—¡Miá qué Dios!
—¿Y por qué, vamos á ver?
—¿Pues por qué había de ser?...
¡Por las cosas de los dos!
La ley, sin razón *nenguna*, no hay á quien no comprometa.
¿Es justo que el juez se meta en el *domicilio* de una?
¡Lástima que no le den morcilla al tío embustero!
Yo hago en casa lo que quiero, y mi marido también.
¿No es eso?... Pues no, señor: si *te casca* tu marido y meteis algún ruido, ya está encima el *Ispetor*.
—¿Te dió algún golpe?...
—Pues fué que este sábado *pasao* vino *mi hombre apitimao*.
—Como siempre.
—Ya se ve.
El vino les da en un día fuerza la semana entera.
Pues *miá tú* si no bebiera el coraje que tendría.
Trabajar consigue así y no tira sus jornales.
¡Tomal..., de los ocho reales, seis *pa* vino y dos *pa* mí.
Y que nunca me ha *dao mico*, que hay hombre tan *creminal* que no entrega del jornal en casa ni un perro chico.
—Que lo digas.
—Lo sostengo.
—¿Qué hace el mío?... Á ése le pasa que en vez de traerme á casa, me saca *tó* lo que tengo.
—Pues al caso. El otro día yo á Juan le llamé ladrón, y me pegó con razón, porque la culpa era mía.
Eso tiene hacer el bú: que se gana una un trancazo.
Pues *ná*: me dió un martillazo en la frente, ya ves tú.
Quiso repetir, yo corro, pues, y un guardia, al verme herida, fué y me llevó de seguida á la casa de socorro.
Yo declaré la *verdá*, y *ná* que me lo cogieron á Juan y me lo metieron en la cárcel *Modelá*.
Esto hace perder la calma á la mujer más propicia.
¿Qué le importa á la justicia que *mi hombre* me rompa el alma?
Porque no tiene *canguelo*; y porque en casa es el rey.
¡Cuando no nos tienen ley, nunca nos tocan un pelo!
Lo dice el dicho vulgar, que es la voz más verdadera de todas: «Quien bien te quiera, tiene que hacerte llorar.»
—Y que lo digas.
—Pues trata el juez de volverlo *honrao*, y lo tiene *enchiquerao* igual que si fuese un rata.
Miento, que aunque á alguno halle del oficio.... ¡Yo me quemol me lo encierran *por blasfemo* quince días, y á la calle.
¡El juez!... ¡Valiente personal
—Sí: lo mejor es callarnos, no vayan á *dilatarnos* y nos metan en *chirona*.
Vaya adiós: No *quió* cansarte.
—La justicia perdió el nombre.
—Dale memorias á tu hombre.
—Se las daré de tu parte.
Juan á todas me prefiere, y lo *puó* probar con pruebas.
—¡Tomal! Tú en la frente llevas la señal de que te quiere.

JOSÉ JACKSON VEYAN.

ENTRE ABUELO Y NIETO

—En el sétimo cielo (y va de historia) había una legión de querubines que relegó el Señor á los confines del rincón más oscuro de la gloria.

—¿Por qué?

—¡Por galopines!

—¿Angeles y granujas? Yo creía que todos eran buenos.

—Y lo son, pero hay clases todavía; unos son más benditos, y otros menos.

Además, los que digo no merecían el cruel castigo que reserva tan sólo a la malicia la celeste justicia.

Indóviles, traviesos, y portándose siempre como tales, no dejaban en paz con sus excesos á los santos formales.

Revolvían atriles y sillones, echaban á perder las arpas de oro y embrollaban plegarias y canciones, desafinando á lo mejor del coro.

Por eso el Padre Eterno, no pudiendo enviarles al infierno, les prohibió salir, sin previo aviso, de aquel sétimo piso.

¿Tú crearás que por eso la legión castigada tuvo, al hallarse casi desterrada, formalidad y seso?

¡Pues todo lo contrario! Cumplía la condena expiatoria promoviendo un barullo extraordinario, que alborotaba sin cesar la gloria.

Y, viéndolo el Señor, una mañana ca que daban los chicos mucha guerra, dijo:—¡Que adopten vestidura humana, y que se vayan todos á la tierra!

Si allí se portan bien, serán premiados y volverán conmigo; si resultan malvados, hallarán en los antros el castigo.—

Y les mandó á este valle para purgar con lágrimas sus yerros.

—¿Quiénes son? —Los que veas en la calle que van tirando piedras á los perros.

SINESIO DELGADO.

EN EL SALONCILLO

—¡Felices, doña Quiteria! —Buenas noches, doña Amparo. —¿Qué tal va?

Ya no la pegará tanto como antes. —¿Que no la pegará?

—Perfectamente. ¿Y usted?

La dió ayer un puñetazo en el Café Nacional, por no querer tomar algo, que la puso el ojo izquierdo como un pimiento encarnado.

—Yo, por lo mediano. —¿Qué! ¿no está usted todavía curada de aquel porrazo que se dió en la escalerilla del foso?

—¡Digo! —Pues antes de anoche rodó seis ó siete tramos de escalera.

—¡Quiá, ni pensar! —¿Y la niña?

—¡Caracoles! Pero ¿y usted no hace caso?

—¡Otra desgracia! —¿No sigue ya trabajando con la compañía aquella que se marchó?

—Yo, si digo una palabra, me sienta también la mano; conque....

—Vino el sábado por la mañana. —¿De veras?

—Está usted divertida. —Mucho, usted.....

—¿Y por qué dejó el teatro? —Por lo de siempre.

..... Vengo á ver si hablo de parte de ella al señor representante; y le traigo, además, una tarjeta

—Algun polla! —Pollo, no, señora, ¡gallol!

de un señor que es diputado y que tuvo relaciones con ella cerca de un año y la puso casa propia en Carabanchel de Abajo.

—Algun mequetrefe. —¡Un quídam!

Vaya.... voy, con su permiso, á ver si en el escenario por casualidad le encuentro y cumplo con el encargo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

—No, en la cabeza. —¿Qué descarol!

Conque abur, doña Quiteria. —Hasta luego, doña Amparo.

RAFAEL RAMÍREZ RINSLER.



Hemos recibido el primer tomo de *La España Moderna*, correspondiente á Enero. Verdaderamente hacía falta aquí una publicación de esa clase.... y ya la tenemos. *La España Moderna*, á juzgar por la muestra, dará tres y raya á las mejores Revistas científicas y literarias del extranjero. En este primer cuaderno colaboran: D.^a Emilia Pardo Bazán, los Sres. Cánovas del Castillo, Castro, Balari, Sardá, Llorente, Campoamor, Urrecha y otros notables escritores.

Salud y suscripciones.

Para la Lola una lila di á la Adela, mas cogióla Dalila, y yo dije:—¡Hola! Adela, dile á Dalila que dé la lila á la Lola.

Libros:

La crisis agrícola, interesante folleto de D. José de Palma, profesor mercantil. Precio: 1 peseta.

Tras un ideal, colección de preciosos cuentos y novelas cortas de don Vicente Bas y Cortés. Un elegante tomo de 200 páginas ilustrado con setenta grabados. Precio: 3 pesetas.

El crimen de un avaro, por D. Alejandro Larrubiera y Crespo, compañero nuestro en la prensa, que se lanza con feliz éxito por el camino de la novela de costumbres, género en que ha de brillar mucho, á juzgar por la primera prueba. Forma *El crimen de un avaro* un elegante tomo con un cromó en la cubierta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El cantor de Sevilla.—¿Que cuántas faltas tiene? Una por cada verso. Total, 17.

One-eyed.—Amigo mío, usted no sabe lo que dice. Esto le parecerá á usted inmodestia, pero es una verdad como un templo.

Pepe M..—Madrid.—Ya están encuadradas las colecciones del 88. Los versitos.... muy por lo mediano.

Blefaroplasmo.—Sí; puede usted entregárselos á esa señorita. No son muy buenos, pero para el objeto.... ¿está usted?

Un latista.—Mire usted, tienen el gravísimo defecto de la inexperiencia. Es decir, que así son los versos que hace todo el mundo.

Camilo.—Debe usted corregirse de ciertas crudezas de estilo y algunas incorrecciones de forma. Porque poeta sí es usted.

Nicromegas.—Es un artículo regular, pero como no podemos admitir artículos.... de hacerlo, estaría esperando turno hasta el día del juicio por la tarde, y no quiero perjudicar á usted.

Rael.—Es graciosa de puro mala. Estoy por publicarla, para que se vea hasta dónde puede llegar el hombre.

El gran Chismoso.—¡Diantre! Vuelvo á repetirte que no es por descortesía; es que no sé qué decirte, bombero del alma mía.

K. Solo.—Aquel punto era yo. De modo que gracias. Y como ahora me he metido á escribir para el teatro.... ¿sabe usted?

Sr. D. A. G. de A..—Barcelona.—Francamente, no le llama á usted la Virgen santísima por ese camino.

Los siete infantes de Lara.—Van ustedes á hacer pedazos la ortografía. ¡Infeliz! ¡Siete contra ella!

Un yerno.—¡Ira de Dios! ¡Más versos á las suegras!

Regina.—Ese epigrama bendito, francamente, me parece muy bonito, muy bonito, ¡y muy decente!

Un chico que promete.—Cierto, pero no da todavía.

Tarif.—Contestare en carta.

Cero.—Es que tienen los mismos defectos que los anteriores. ¡Canastos! Y usted versifica bastante bien... cuando escribe cartas.

Cosmar.—¡Oh, Dios de los alturas! ¡Cuántos imbéciles hay que se juzgan graciosos! Me parece que no se lo puedo decir á usted en un estilo más levantado.

Sr. D. C. S..—Huesca.—No mal versificada, pero inocente el asunto.

Q. Q..—Zaragoza.—Se publicará.

Q. K..—No; no era publicable.

Gordo.—Hay de todo, la verdad sea dicha. El asunto es gracioso, ¡pero está tan diluío entre tanto farrago! Me parece que por echárselas de enterado dice usted en su carta unas cuantas mentirillas, ¿eh?

Salvavida.—Yo no sé si tú, pedazo de corcho, entenderás de zarzuelas, pero lo que es de versos.... ¡ni agua!

6 bajo o.—¡Vaya, que también en Matanzas se hace cada epigramita que levanta en vilo!

Rillalampa.—No tiene arreglo; es fuerte, demasiado fuerte. Vea el anuncio de las colecciones.

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.



—Guardia, haga usted el favor de venir conmigo inmediatamente. He sorprendido á mi mujer con otro.

—¿Con otro caballero?

—No, señor, con otro guardia.

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.—

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANIA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—*Encuadernado en tela.*—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA COMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, a vuelta de correo.